

ESTILO Y SUGESTION DE JUAN GODOY

LOS LIBROS de Juan Godoy, (1) aparejan a su magnificencia los más ardientes problemas del verbo; y esto, porque Juan Godoy comprende que es sólo sobre un desgarrante presupuesto de palabras, que el escritor se acerca al epicentro de su continuo estremecerse.

En la literatura de este hombre de agudo iris mental, las palabras se encuentran asentadas en poderosos biseles de hallazgo, han llegado a aposentarse en sus libros después que el escritor las pesó y midió, con la misma prolijidad con que los alquimistas verificaban los matices de su quehacer diabólico.

La escritura de Juan Godoy vive grávida de responsabilidad; encima de sus márgenes andan, sueltas las vísceras que perdieron sus noches en la incesante faena del burilar los contornos de su pensamiento, hasta darle la suavidad, la delicada redondez, el latido immaculado con que, luego, lo vemos relampaguear en la red de sus períodos:

"La voz de Golondrino era taladrante, como si tuviera el paladar muy duro; o hablara en una catedral de piedra, llena de eco; pausada, extraterrena. Cruzó sus manos blandas y flácidas sobre el pecho. Alzó al cielo las cicatrices de escarcha de sus ojos ciegos", (2).

Es el novelista que depura el idioma de su usualidad doméstica, otorgando a los vocablos la gota de eternidad con que puedan afrontar el succionar voraz del tiempo, sin marchitarse, en bizarra lozanía de materia joven.

Juan Godoy no ignora que la literatura no es una vacua transcripción de la realidad, sino que guarda el deber de esencializarla, consiguiendo que toda página escrita encierre sus raíces más allá de la probabilidad utilitaria de las cosas. De ahí que aparezca "oscuro, casi delirante para aquellos espíritus de imaginación roma que suponen que la obligación del escritor consiste en arrodillarse delante de sus modelos, mendigándoles reflejo fiel, pidiéndoles la merced de la inmovilidad, para que el calco resulte extraordinario, funeral y sin ningún centímetro desviado de su plano.

Juan Godoy existe en apasionado menester de metáfora, "la única interjección literaria", (3), porque entiende que el movimiento feraz de la literatura está, llameando, adentro de esta náutica herramienta.

Por la metáfora es que los libros alcanzan los límites fascinadores, en que la sangre se viste de vértigo, y el corazón se vuelve una boca llagada por la sed más feroz; la sed de violentar el mundo no ya en la página hechizadora, sino que en su misma verdad.

Esta sed, únicamente, es permitida a los que artiesgan su destino en la partida de fuego de la literatura como obra de dioses, y no de pacientes seres de espejo, seres de dócil pulso, que lo dejan marejar a cualquiera circunstancia, a condición de que ella camine exenta de todo azar. Esta sed la conoce sobradamente Juan Godoy. Por ello, no claudica en su tarea de traducir más que los objetos y las personas, la sombra que dichos objetos y personas echan sobre su frente.

La metáfora es un choque de la substancia gris con el infinito. La metáfora relaciona al creador con el medio, produciendo la invisible trama de los hilos quiméricos, en los que va y viene el soplo secreto del arte.

El novelista de ojo volcado sobre los horizontes, que es Juan Godoy, no se conforma con ver y oír bien; quiere ver lo que acontece detrás de las cosas, y oír lo que sólo puede ser percibido, jugando el alma al infierno de la intuición. Con tales ambiciones, ve lunas inexistentes en el cielo, pero si posibles y "verdaderas" en los espacios de la cuartilla; y oye los diálogos que nadie dice, y que, sin embargo, nadie negaría que sucedieron.

Los que piden "realidad" a la literatura, deberían exigirle, también, a las pinturas de paisajes, que despidiesen la fragancia respectiva. ¿Por qué empeñarse en mantener el yerro de convertir el arte en una segunda edición de algo, y no conformarse con la grandeza de aceptarlo como una virginea, una original manera de conectarse el Hombre con la Naturaleza?

Un cuadro es una mentira, y ningún creador de la realidad se ofende por las dimensiones diminutas que un bosque, por ejemplo, muestra en los lindes del marco. Entonces, ¿a qué enfadarse con el escritor que acorta, o prolonga, una visión, para acomodarla al aparato de su estilo?

En la "Meditación del marco", (4), José Ortega y Gasset escribe esta frase definitiva, acerca de un cuadro que contempla: "La pared donde cuelga la obra de Regoyos no tiene más de seis metros. El cuadro desplaza una mínima parte de ella, y, sin embargo, me presenta un amplio trozo de la región bidagotarra". Luego, describe lo que observa, y agrega: "¿Cómo puede estar todo esto en tan exiguo espacio?" Y se responde, de modo genial, ¡ojan los siervos del papel carbónico!: "Evidentemente, está sin estar". Esto último es el arte: "está sin estar" (5).

Juan Godoy, diestro en el adjetivo centelleante, escribe para sostener aquella ley de vasos comunicantes que es la auténtica literatura: un influirse y confundirse el Escritor con el Universo, y viceversa. Por oficio tan puro, ¡admirémosle en su alta soledad!

A. S.

(1) "Angurrientos", novela, 1940. "La Cifra Solitaria", novela, 1937.

(2) "La Cifra Solitaria", página 71.

(3) Macedonio Fernández, en cartas a Lois Bernárdez, 1930.

(4) "El Espectador", III, 1921.

(5) Páginas 551-52, Cuarta Edición, 1933, Madrid, "El Espectador".